# 1º: La Resurrección del Señor

La resurrección de Cristo es garantía de la nuestra. Nos enseña el *Catecismo de la Iglesia*: «Así como Cristo ha resucitado y vive para siempre, todos nosotros resucitaremos en el último día»[[1]](#footnote-1). Mas dicha resurrección no será igual para todos, pues dice Jesús en el *Evangelio de san Juan*: «...llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz, y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y los que hayan hecho el mal, para una resurrección de juicio»[[2]](#footnote-2).

El Juicio final será la consumación de la obra de Cristo: los justos resucitarán para la vida eterna y los malvados para la eterna perdición.

Este doble destino eterno lo reflejan las palabras del Señor en el mensaje de 5 de febrero de 1982: *«...sufrimos mucho por la salvación de todas las almas; hay muchas almas ingratas, pero también hay almas buenas que se arrepienten de sus culpas, que piden perdón a su Padre misericordioso. Y que su Padre misericordioso los está esperando a todos para darles su herencia, que son las moradas celestiales»*.

**2º: La Ascensión del Señor**

El libro de los *Hechos de los Apóstoles* nos narra sobre este misterio que Jesús «...fue levantado en presencia de *los apóstoles*, y una nube le ocultó a sus ojos. Estando ellos mirando fijamente al cielo mientras se iba, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: “Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Éste que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al Cielo”»[[3]](#footnote-3).

Al entrar Jesucristo en la gloria, una vez cumplida su misión en este mundo, aparece también una nube, que es símbolo de la presencia y majestad divinas. ¡Cuántas veces se ha mencionado en los mensajes de Prado Nuevo a la Divina Majestad y la adoración que merece, pues somos criaturas, siendo Él el Creador. Con razón, pedía la Virgen en un mensaje: *«Humillaos, corazones, ante la Divina Majestad de Dios y reconoceos polvo y nada»*[[4]](#footnote-4), porque nunca el hombre es más grande que cuando inclina su cabeza ante Dios.

**3º: La Venida del Espíritu Santo**

En este misterio contemplamos a los Apóstoles reunidos en oración en torno a María Santísima. Ella es el centro de la reunión en el Cenáculo; si bien Pedro es el Vicario de Jesucristo, cabeza visible de la Iglesia naciente y primer Papa, María es Madre de la Iglesia y cumple, de algún modo, el deseo de su Hijo cuando se lamentaba acerca de Jerusalén: «¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido!»[[5]](#footnote-5).

La Virgen es Madre de la unidad; su presencia en medio de nosotros nos une con el vínculo de la caridad. Permanezcamos unidos y veremos los frutos de esta unidad; es el deseo de la Madre de Dios, que en el mensaje de 3 de abril de 1999 nos anunciaba: *«Y todos, hijos míos, unidos en amor y unidad viviréis vida de ángeles y estaréis viviendo un cielo; pero cuanto más os separéis, hijos míos, menos cumpliréis la Ley»*.

**4º: La Asunción de la Virgen María**

Sobre el misterio de la Asunción, dice la Liturgia de la Iglesia, dirigiéndose a María: «...en tu tránsito no desamparaste al mundo, oh Madre de Dios. Te trasladaste a la vida porque eres Madre de la Vida, y con tu intercesión salvas de la muerte nuestras almas»[[6]](#footnote-6).

La Asunción de la Virgen María al Cielo en cuerpo y alma nos recuerda que también un día nosotros, si perseveramos en la vida de gracia, alcanzaremos las mora-das celestiales, y nuestro cuerpo resucitado se podrá unir para siempre con el alma el día de la resurrección de los muertos, verdad que forma parte de nuestra fe. También nos lleva a meditar este misterio en el amor de nuestra Madre, que, desde la Gloria, no deja de velar por nuestra salvación; invoquémosla con confianza, mediante su plegaria preferida: el Rosario. *«...el arma más potente, hijos míos* —decía la Virgen en un mensaje—*, es el santo Rosario; el santo Rosario es el ancla para vuestra salvación»*[[7]](#footnote-7).

**5º: La Coronación de la Virgen María**

El quinto misterio de gloria fue contemplado por Luz Amparo en una de las visiones con que la regaló el Señor. Vio primero a María subir al Cielo en cuerpo y alma, y una vez allí, ser coronada por la Santísima Trinidad. Describe Amparo en el mensaje de 15 de agosto de 1986: *«Ahora se oye otra voz, que es la del Verbo: “Madre mía, ¡sube, sube!, que estamos esperando en el trono que tenemos preparado para Ti (...). Y el Espíritu Santo le dice: “Ven, Esposa mía, amada mía, paloma mía, ven, que serás coronada y tendrás gran poder sobre el mundo y para salvar a la Humanidad. Tu planta virginal aplastará al enemigo, y serás Reina de Cielo y Tierra”»*.

Explica san Josemaría: «Ya estamos seguros, ya nada debe preocuparnos: porque Nuestra Señora, coronada Reina de Cielos y Tierra, es la omnipotencia su-plicante delante de Dios. Jesús no puede negar nada a María, ni tampoco a nosotros, hijos de su misma Madre»[[8]](#footnote-8).

1. *CEC*, n. 1016. [↑](#footnote-ref-1)
2. *Jn* 5, 28-29. [↑](#footnote-ref-2)
3. *Hch* 1, 9-11. [↑](#footnote-ref-3)
4. 4-V-1991. [↑](#footnote-ref-4)
5. *Mt* 23, 37. [↑](#footnote-ref-5)
6. *CEC*, n. 966. [↑](#footnote-ref-6)
7. 12-X-1983. [↑](#footnote-ref-7)
8. Nº 288. [↑](#footnote-ref-8)